

En busca del rostro asiático de Cristo.

El Sínodo de Asia (19 abril-14 mayo)

José María De Vera, SJ*

Laboriosa preparación

EN una superficie de 44 millones de kilómetros vive más de la mitad de la población global. A pesar de la larga, y gloriosa, historia de las misiones en Asia, la comunidad católica apenas roza el 1%. Por otra parte, Asia es la cuna de las grandes religiones (hinduismo, budismo, judaísmo, taoísmo, confucianismo, islamismo) casi todas establecidas antes del cristianismo. Aunque algunos obispos compartan con ciertos dicasterios romanos la preocupación por el número de bautismos, la mayoría de ellos traían en sus carpetas una pregunta más fundamental: ¿cómo es el rostro asiático de Cristo? ¿cómo se puede encarnar el mensaje del Evangelio en términos culturales asequibles a los hombres y mujeres de Asia?

* Director de la Oficina de Información de la Compañía de Jesús. Roma.

La preparación del Sínodo se había hecho conforme a la pauta de los sínodos anteriores. Un primer documento elaborado en Roma (*Lineamenta*) se distribuyó entre los obispos para que, con la ayuda de expertos, lo examinaran y dieran su parecer. Con las respuestas de las Conferencias Episcopales se redactó un segundo documento (*Instrumentum Laboris*) que constituía la agenda del sínodo. Nadie puede tachar al Secretariado del Sínodo de Obispos de falta de pericia o experiencia. Pero en la fase preparatoria de este sínodo surgieron dificultades que hicieron más laborioso el camino. Aunque el primer documento se hizo público en setiembre de 1996, el segundo y crucial documento –*Instrumentum*– no se finalizó hasta febrero de 1998, dos meses antes de la apertura. La lista definitiva de participantes se hizo pública la víspera del comienzo del sínodo, el 18 de abril. Algunos participantes cogieron el último vuelo, y otros llegaron con retraso.

La proliferación de sínodos en los últimos años –el sínodo de América se clausuró en diciembre 1997– ha supuesto una sobrecarga de trabajo para el Secretariado del Sínodo de Obispos, sobre todo si se tiene en cuenta que tras la clausura de un sínodo queda aún pendiente la «exhortación apostólica» en la que el Papa se hace eco de las recomendaciones que los obispos someten a su aprobación y confiere autoridad a las que acepta: un proceso que lleva, con frecuencia, doce meses de trabajo ulterior (las conclusiones del sínodo de América las anunciará el Papa en Méjico en enero de 1999).

Sin embargo, el exceso de trabajo no explica adecuadamente el retraso en la publicación del *Instrumentum* y de la lista de participantes. Hubo obstáculos inesperados que surgieron de las respuestas de algunas Conferencias Episcopales a la encuesta preparatoria. Por ejemplo, los obispos japoneses a quienes se les atribuye un sonrisa silenciosa en reuniones internacionales, inesperadamente declinaron responder a las preguntas recibidas de Roma. Según ellos, eran preguntas formuladas en términos occidentales para las que no encontraban respuestas en su experiencia oriental: un traje que no se ajustaba a sus medidas. Se cuestionaba también que las intervenciones en el aula del Sínodo tuvieran que hacerse en lenguas europeas (francés e inglés se declararon lenguas oficiales, aunque también hubo algunas intervenciones en italiano y una, de un japonés, en latín), sin que se reconociera ninguna lengua asiática. Por último opinaban, como ya lo habían hecho los obispos africanos, que Roma no era el sitio adecuado para tratar de asuntos relacionados con las iglesias regionales.

Las objeciones llegaron a ser de dominio público pero, naturalmente, nunca se supo qué medidas se tomaron para superarlas. La ausencia del Arzobispo de Nagasaki en la última reunión preparatoria (febrero 1998) se interpretó como «significativa», sin que pudiera asegurarse si era signo de

irritación por parte del Vaticano o de resistencia por parte de los Obispos japoneses. En la conferencia de prensa en víspera de la apertura, el Cardenal Schotte se refirió, sin aludir a la demanda de los obispos, al problema lingüístico. Aseguró que su Secretariado había intentado incorporar una lengua asiática, pero que la existencia de 27 lenguas diferentes entre los Padres Sinodales hizo el problema prácticamente insoluble.

Con las sugerencias de las Conferencias Episcopales, los reparos que se habían hecho al contenido del primer documento fueron en parte subsanados en el *Instrumentum*. El *Instrumentum* comenzaba con una descripción del contexto socio-económico, religioso y cultural de Asia, dentro del cual se situaba el tema del Sínodo: *Jesucristo Salvador, su Misión de Amor y Servicio en Asia: para que tengan vida y la tengan abundantemente*.

Ninguna de estas dificultades ensombreció la solemne ceremonia de apertura presidida por el Papa en la Basílica de San Pedro, que dio acogida a danzas de Indonesia y Corea mientras en el aire sonaban ritmos asiáticos. Aunque fuera artísticamente incongruo el maridaje entre las espirales de las columnas barrocas del baldaquino y los movimientos ondulantes de las danzas tailandesas, teológicamente proclamaba la unidad de la Iglesia por encima de condicionamientos culturales; dos mundos culturales que recitaban el mismo credo. Por un momento la Iglesia Católica parecía respirar, en expresión del Papa, «con los dos pulmones: el occidental y el oriental». Hubo obispos que sintieron esfumarse sus reservas romanas ante aquella profesión de fe cristiana que, según confesión de uno de ellos, les abrió el corazón a las palabras del Papa glosando el Apocalipsis: «Lo que ves, escríbelo en un libro y envíalo a las siete iglesias de Asia» (Apoc. 1, 11).

Desde su sillón presidencial en el aula del Sínodo, Juan Pablo II contemplaba el 20 de abril a los 252 participantes del Sínodo, divididos en cuatro grupos: miembros con voz y voto, expertos, observadores y «delegados fraternos». Entre los miembros con voz y voto (padres sinodales) había un grupo (67) que estaban allí *ex officio*, por razón de su cargo; otros (98) eran obispos elegidos por las Conferencias Episcopales; finalmente había un grupo de «padres sinodales» (23) que habían recibido un nombramiento papal. A los 188 «padres sinodales» hay que añadir 18 expertos, 40 observadores (entre ellos 12 hombres y 8 mujeres seglares), y los seis «delegados fraternos», representantes de Iglesias cristianas no-católicas. El Sínodo, que hablaría del diálogo interreligioso, no contaba con ningún representante de las grandes religiones asiáticas, budismo, hinduismo e islamismo. Una ausencia que, inexplicablemente, apenas levantó tímidas preguntas en las conferencias de prensa, a pesar de que el Sínodo del Líbano había contado con delegados fraternos de religiones no-cristianas.

Desarrollo del Sínodo

Las etapas del Sínodo son tres: la primera se limita a las intervenciones de los «padres sinodales», seguidas de los observadores que lo soliciten. La segunda etapa se desarrolla en grupos lingüísticos (ocho en inglés, dos en francés y uno en italiano). La tercera y última fase se centra alrededor de las propuestas que se presentarán al Papa. Antes de finalizar, el Sínodo dirige a la Iglesia un «mensaje».

La primera etapa, en la que cada sinodal habló de un tema del *Instrumentum* a su elección, fue una siembra a voleo que puso a prueba la resistencia de los participantes (¡alrededor de 18 intervenciones al día!) pero que ofreció una rica visión de Asia. Por la insistencia con que los oradores se referían a ellos, y por su intrínseca importancia, tres temas campearon: inculturación del mensaje evangélico, autonomía de las iglesias locales, unidad de la fe en la variedad de sus expresiones.

La inculturación fue el plato fuerte del Sínodo. Cristo se encarnó en una raza y cultura concreta, pero nos dejó el encargo de expresar su mensaje universal en términos culturales asequibles a todas las naciones. Los obispos asiáticos quieren remontar la historia «misionera» de los siglos pasados, marcada por la cultura europea, y acuñar la fe cristiana en su propio troquel. Reconocen que la empresa es difícil pero exigen a Roma más flexibilidad y comprensión. Un obispo japonés lo decía sin reparos: «En Roma se habla de inculturación. Pero en la práctica se frena y se castiga a quien intenta hacerlo.» Refiriéndose a los textos litúrgicos —un campo eminente de inculturación— el mismo obispo añadía: «no logramos entender por qué, después de haber consultado a nuestros expertos y haber aprobado la traducción de un texto litúrgico por unanimidad, Roma tenga el valor de decirnos que no está bien...¿Quiénes son los expertos del Vaticano que juzgan nuestros textos?...Parece que no se fían de nosotros. Se fían más de un estudiante japonés —en Roma—, a quien le muestran nuestros textos, que de los obispos japoneses». La timidez, el miedo a desviaciones doctrinales y la ignorancia de otras culturas siguen pesando en las oficinas vaticanas como en el pasado. Pero ahora los obispos parecen decididos a no permanecer callados y apelar a la fe común en Cristo para proclamarla conforme al carisma de Asia. Pero sería falso creer que los padres sinodales descargaban toda la responsabilidad sobre la burocracia romana. La discrepancia entre ellos mismos ponía de manifiesto la dificultad de atribuir al rostro de Cristo los rasgos asiáticos que todos añoran. El Cristo compasivo, maestro, «guru», médico, identificado con los débiles y los pobres, es el Cristo que buscan los asiáticos, decía el

Obispo Remigius de la India. Cómo se combina esta imagen de Cristo con una institución que muchos obispos describían como «poderosa, bien organizada, con una red de escuelas que es la envidia de otras religiones», no encuentra una respuesta unánime entre los obispos de Asia. Oyendo sus intervenciones no se puede menos de concluir que hay una clara y esperanzadora atención al problema, aunque por el momento no abunden sugerencias concretas de cómo llevarlo a cabo.

El deseo de una mayor autonomía, dentro de la ineludible unidad eclesial y sin ningún atisbo de independencia, fue claramente expresado por un buen número de intervenciones. No sugerían una carta blanca a favor de las Conferencias Episcopales pero sí un reconocimiento del principio de «subsidiaridad» (palabra que causó cierto malestar entre los curiales y que fue substituida por «descentralización») en materias de liturgia, formación del clero y de los seglares y, algunos, en la designación de obispos. Un obispo dijo en su intervención: «una liturgia inculturada no pasa de ser un sueño por razón del estricto control y la lentitud con que los dicasterios romanos proceden». Y añadió: «la burocracia de la curia romana es, con frecuencia, un obstáculo a la labor de las Conferencias Episcopales». Con palabras cortantes, Mons. Leonardo Legaspi O.P., de las Filipinas, sugirió «que los dicasterios romanos den muestras de una mayor atención y caridad con aquellos (los obispos) a quienes sirven: una actitud de cálida acogida contribuye a la comunión eclesial».

A pesar de que las materias tratadas tienen fuertes implicaciones teológicas, no estaban presentes en el sínodo teólogos asiáticos de nota. Preguntado sobre esta notable ausencia (que no se ha dado en otros sínodos), un obispo respondió en conferencia pública «que no había necesidad de llamarlos porque el sínodo no era un simposio de teología». Pero los graves problemas pastorales, tales como la proclamación de Jesucristo como Salvador único en un clima de religiones no-cristianas, arranca de un principio firme en la fe cristiana que precisa formularse diversamente en vista de las necesidades pastorales. Con muy pocas excepciones, la mayoría de las intervenciones sobre este punto recordaban que era imposible iniciar un diálogo interreligioso, tal como el Concilio Vaticano y el Papa quieren, proclamando una verdad que la otra parte dialogante interpreta como señal de arrogancia y rechazo. Algunos invocaban el «principio de gradualidad» que Juan Pablo II enunció en Africa y que se aplica igualmente en Asia. Resumiendo la discusión en su grupo, el Obispo Legaspi decía: « el que Jesucristo sea el único Mediador no significa que no pueda haber otros mediadores en un sentido participatorio». Conjugar el dato teológico con la imperiosa necesidad de dialogar con otras religiones tiene que ser el fruto de una colaboración entre teólogos y obispos. Algunos

expertos pensaban que la ausencia de budistas e hinduistas se debía al temor de los organizadores del sínodo de que las divergencias acerca de este punto causaran fricciones en vez de salvar distancias.

Balance final

ERA inevitable que en los últimos días del sínodo los obispos se hicieran la consabida pregunta: en vista de los resultados, ¿merecía la pena el esfuerzo de tiempo, dinero y energía invertidos? La respuesta que parecía emerger en conversaciones alrededor de una taza de *capuccino* (el Sínodo no hace una evaluación formal) era positiva. Los obispos habían hablado con una franqueza que, en palabras de un veterano vaticanista, no se había visto en otros sínodos. Y lo habían hecho aun sabiendo que sus palabras harían arquear las cejas y revolverse en sus asientos a los presidentes de algunos dicasterios romanos. El Papa ha estado presente en todas las sesiones —con excepción de una en la que se votaba la comisión postsinodal— y ha escuchado lo que «sus hermanos en el episcopado» querían decirle. La frecuente ausencia de Cardenales Curiales —justificadas por otros empeños, pero severamente criticada por algunos obispos— no quiere decir que no se hayan enterado de lo que los padres sinodales esperan y piden de Roma. La coincidencia substancial entre ellos ha confirmado a los obispos en sus orientaciones pastorales. Han levantado la voz, y han cobrado confianza al constatar que la mayoría de los obispos comparten inquietudes y deseos por el bien de la Iglesia en Asia. No se trata de un pulso de poderes eclesiásticos, sino de legitimar la búsqueda urgente de una proclamación cristiana adaptada a la cultura asiática.

La lectura del «mensaje» que el Sínodo dirige a la Iglesia no recoge la urgencia ni la prioridad con que resonaron en el aula de las reuniones las palabras de los obispos. Tampoco las sugerencias (51) que han puesto en manos del Papa hacen justicia a la riqueza espiritual y pastoral que han mostrado los representantes de las Iglesias de Asia. Pero la mayoría de los participantes se lleva en sus maletas dos convicciones: que la adaptación del mensaje cristiano a la cultura asiática ha ganado muchos puntos en legitimidad, y que ahora les toca a ellos poner el cascabel al gato. Dejando aparte la retórica («la vena contemplativa de Asia»), ¿cómo se proclama el mensaje evangélico en términos asiáticos en las calles apresuradas de Tokio, Bangkok o Nueva Delhi? De sus esfuerzos por responder a esta pregunta y de la apertura a la presencia del Espíritu depende que, en palabras de un obispo filipino, «Jesús, nacido en Asia, recobre los rasgos de su rostro asiático».